

LA FURA DELS BAUS



Verdi, en la ciudad de la Fura

La ópera del italiano subió en una audaz producción de la Fura del Baus. Se lucieron los argentinos Fabián Veloz y Virginia Tola.

06.12.2013

Por Federico Monjeau



Los régisseurs de ópera invariablemente aseguran que “interpretan” una obra. Aun los más radicales, los que más se alejan de las representaciones habituales, pretenden que su realización no es sino una exploración de ciertos contenidos latentes en el texto original.

En esta producción de *Un baile de máscaras*, Alex Ollé ha puesto el foco en los aspectos políticos de la ópera de Verdi, aunque estos aspectos no pertenecen tanto al nudo dramático de la obra como a las condiciones de su accidentado y censurado estreno, ya que el tema del regicidio no resultaba lo más apropiado en una Italia que todavía estaba dividida en reinos.

LA FURA DELS BALIS

El nudo verdiano no es la crítica política sino el trágico triángulo amoroso, el juego de identidades y, en todo caso, la clemencia del monarca (de suma importancia en la historia del género desde Mozart), quien antes de expirar perdona a su asesino. No son las fatalidades del poder sino las decisiones individuales lo que cuenta en Un baile máscaras, pero Ollé hace una lectura amargamente orwelliana de ese drama y reinterpreta la conjura y la intriga palaciega en los términos de una progresión totalitaria que sólo puede conducir al exterminio. Ya no hay palacios, sino una impresionante escenografía (magistral trabajo de Alfons Flores) que se desplaza verticalmente, oscilando entre las oficinas de una atroz corporación y un campo de concentración.

En medio de todo eso aparecen los Indignados, pero esto es bastante anecdótico. Lo que no es anecdótico es el modo en que Ollé explora y desarrolla con audaz inteligencia un elemento fundamental de esta obra de Verdi: la máscara, que también en la ópera aparece mucho antes del baile del tercer acto, ya sea bajo la forma de máscaras, velos o disfraces (todos van disfrazados a lo de la bruja Ulrica, entre otras cosas). La puesta es admirable en su nivel técnico y en su coherencia.

Ollé hace de la máscara algo siniestro y presente del principio al fin, desde esas mascarillas que hacen lucir a todos los personajes de la escena como seres trepanados, hasta las máscaras de gas en la escena final, tan sordamente violenta que deja las últimas palabras del monarca en un absoluto segundo plano. No hay la menor compasión en ese cierre, y los previsibles abucheos del Gran abono se hicieron sentir enfáticamente a la hora de los saludos; Ollé y su colaboradora Valentina Carrasco sin duda estaban preparados para eso y pusieron el cuerpo estoicamente.

La parte musical transcurrió sin sobresaltos y con muchos momentos de brillo. El reparto tuvo su punto más alto en los argentinos Virginia Tola (Amelia) y Fabián Veloz (Anckarström), impecables desde todo punto de vista, como también en la sueca Sussana Anderson en su logrado rol del paje Oscar. El italiano Giuseppe Gipali no es un mal tenor, y aunque creció bastante en el segundo acto, su voz resultó demasiado pequeña para el rol de Gustavo III. La italiana Elisabetta Fiorillo no convenció mucho como Ulrica: tiene presencia escénica, pero su vibrato bordea casi el medio tono. Ira Levin condujo la Estable con precisión y riqueza de matices, y el Coro cumplió sobradamente.